

Libro de Buen Amor.

Introducción

Intellectum tibi dabo et instraam te in via hac, que gradieris: firmabo super te oculos meos, dice el profeta David hablando, en nombre del Espíritu Santo, a cada uno de nosotros en el Salmo 31, verso 10, que es el condense arriba escrito. En dicho verso entiendo yo tres cosas que algunos doctores filósofos dicen que radican en el alma y de ella son propiedades. Son éstas: entendimiento, voluntad y memoria.

Las cuales, digo, son tan buenas que dan al alma consolación y prolongan la vida al cuerpo y le dan honra, provecho y buena fama. Pues por el entendimiento entiende el hombre él bien y conoce el mal y así una de las peticiones que hizo David a Dios, a fin de comprender su ley, fue ésta: *Da mihi intellectum, etc.*, ya que el hombre, conociendo el bien, tendrá temor de Dios, que es donde reside el comienzo de toda sabiduría, como dice el citado profeta: *Initium sapientiae timor Domini* (3). Por lo tanto, el buen entendimiento está en aquellos que temen a Dios y el mismo David sigue este razonamiento en otro lugar en que dice: *Intellectus bonus omnibus facientibus eum* (4), etc. También Salomón dice en el Libro de la Sabiduría: *Qui timet Dominum faciet bona* (5). Todo esto se contiene en la primera afirmación del verso con que yo comencé, en lo que dice: *Intellectum tibi dabo*.

Y una vez que el alma está informada e instruida, de que se ha de salvar en un cuerpo limpio, el hombre piensa y ama y desea el buen amor de Dios y sus mandamientos. Y a este propósito dice el dicho profeta: *Et meditabor in mandatis tuis quae dilexi* (6). Y, además, el alma rechaza y aborrece, el pecado del amor loco de este mundo. Sobre esto dice el salmista: *Qui diligitis bonum, odite malum* (7), etc. Por lo cual se sigue luego la segunda afirmación del verso, que dice: *Et instraam te*.

Y cuando el alma, con buen entendimiento y buena voluntad escoge y ama el buen amor, que es el de Dios, con buena "remembranza lo pone en la guarda de la memoria para recordarlo y obliga al cuerpo a hacer buenas obras por las cuales se salva el hombre. Sobre esto dice San Juan Apóstol en el Apocalipsis, hablando de los buenos que mueren obrando bien: *Beati mortui qui in Domino moriuntur: opera enim illorum sequuntur illps* (8). Y dice también el profeta: *Tu reddes unicuique juxta opera sua* (9).

Sobre esto concluye la tercera afirmación del verso citado al principio, que dice: *In via hac, qua gradieris: firmabo super te oculos meos*. Es decir, podemos sostener, sin duda, que hay en la buena memoria, el recuerdo de obras que el alma escoge con buen entendimiento y buena voluntad, amando el amor de Dios, para, por ellas, salvarse. Pues Dios fija sus ojos en el hombre por las buenas obras que éste hace en la carrera de salvación que recorre. Esta es la sentencia del verso que se cita al principio.

Aunque a veces se piensa en el pecado, se desea y aun se comete, este desacuerdo no viene del buen entendimiento, ni tal deseo ruye de la buena voluntad, ni de una buena obra nace otra mala, sino de la flaca condición humana que existe en todo hombre: que no es posible escapar de pecado. Pues dice Catón: *Nemo sine crimine vivit* (10). Y lo dice Job: *Qui potest facere mundum de immundo conceptum semine?* (11). Como si afirmase: Nadie, salvo Dios. Y viene también de la mengua del buen entendimiento, pues de éste carece el hombre cuando piensa vanidades de pecado. De tal pensamiento dice el salmista: *Cogitationes hominum vanae sunt* (12). Y aconseja también a los muy disolutos y de mal entendimiento: *Nolite fieri sicut equus et mulus, in quibus non est intellectus* (13). Y afirmo también que viene de la pobreza de la memoria no instruida por el buen entendimiento, de tal modo que no puede amar el bien ni acordarse de él para practicarlo. Nace también de que la naturaleza humana está más aparejada e inclinada al mal que al bien, al pecado que a la virtud: esto dice el Decreto.

Tales son algunas de las razones por las que se escriben los libros de leyes y Derecho, de ejemplos, costumbres y otras ciencias. Así se originan también la pintura y la escultura y las imágenes primeramente halladas, a causa de que la memoria del hombre es deleznable: esto dice el Decreto. Pues tener todas las cosas en la memoria y no olvidar algo, más es cosa de Divinidad que de humanidad: esto dice el Decreto. Y por esto es más apropiado a la memoria del alma, que es espíritu de Dios, criado y

perfecto, y vive siempre en Dios. También dice David: *Anima mea illius vivet* (14): *quaerite Dominum et vivet anima vestra* (15). Y no es condición propia del cuerpo humano, que dura poco tiempo. Ya dice Job: *Breves dies hominis sunt*. Y también: *Homo natus de muliere: breves dies homini sunt* (16). Y dice sobre esto David: *Anni nostri sicut aranea meditabuntur* (17), etc.

Así yo, en mi poquilla ciencia y mucha y gran rudeza, comprendiendo cuántos bienes hace perder el loco amor del mundo; al alma y al cuerpo y los muchos males qué les apareja y trae, hice esta chica escritura en memoria de bien, escogiendo y deseando con buena voluntad la salvación y gloria del Paraíso para mi alma, y compuse este nuevo libro en que van escritas algunas maneras y maestrías y sutilezas engañosas del loco amor del mundo, usadas por algunos para pecar. Leyéndolas y oyéndolas, el hombre o la mujer de buen entendimiento que se quiera salvar, escogerá su conducta y podrá decir con el salmista: *Viam veritatis* (18), etc.

Por otra parte, los de poco entendimiento no se perderán leyendo y observando el mal que hacen o tienen el propósito de hacer, y los reincidentes en malas mañas, al ver descubiertas públicamente las muy engañosas maneras que usan para pecar y engañar a las mujeres, aprestarán la memoria y no despreciarán su propia honra, pues muy cruel es quien su fama menosprecia, el Decreto lo dice, y preferirán amarse a sí mismos que amar al pecado, ya que la ordenada caridad por uno mismo comienza, el Decreto lo dice, y desecharán y aborrecerán las maneras y malas mañas del loco amor que hace perder las almas y caer en la ira de Dios, acortando la vida y dando mala fama, deshonra y muchos daños a los cuerpos.

No obstante, puesto que es humana cosa el pecar, si algunos quisieran (no se lo aconsejo) usar del loco amor, aquí hallarán algunas maneras para ello. Y así este mi libro bien puede decir a cada hombre o mujer, al cuerdo y al no cuerdo, al que razone bien, escogiere la salvación y obrare bien amando a Dios, y al que prefiera el amor loco en el camino que anduviere: *Intellectum tibi dabo*, etc.

Y ruego y aconsejo a quien lo leyere o lo oyere que guarde bien las tres cosas del alma. Lo primero, que quiera bien comprender y bien juzgar mi intención, por qué hice el libro y la moraleja que de él se saca, no el feo sonido de las palabras, pues, según Derecho, las palabras sirven a la intención y no a intención a las palabras, y Dios sabe que mi intención no fue hacerlo para dar pauta de pecado ni por mal hablar, sino para despertar en toda persona la buena memoria del bien obrar y dar ejemplo de buenas costumbres y consejos de salvación, y para que todos estén avisados y se puedan mejor defender de tantas mañas como algunos usan para el loco amor. Pues dice San Gregorio que menos hieren al hombre los dardos si antes los ha visto venir y mejor nos podemos guardar de lo que de antemano conocemos.

Compúselo también para dar a algunos lección y muestra de metrificar, rimar y trovar, pues trovas y notas y rimas y dictados y versos van hechos cumplidamente, según esta ciencia requiere.

Y como Dios y la fe católica son comienzo y fundamento de toda buena obra, según dice la primera Decretal de las Clementinas, que comienza: *Fidei Catholicae fundamento*, y como donde este cimiento no existe no se puede hacer obra firme ni firme edificio, según dice el Apóstol, comencé mi libro en el nombre de Dios y tomé el verso primero del salmo de la Santa Trinidad y de la fe católica, a saber: *Quicumque vult* (19), que dice: *Ita Deus Pater, Deus Filius*, etc.